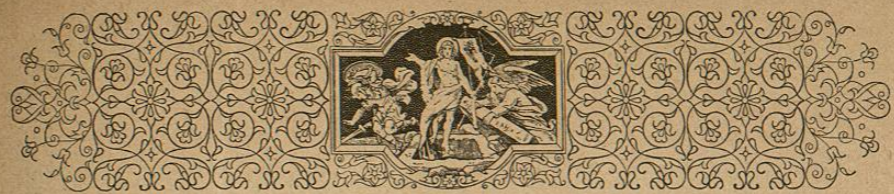


MISION DE CANADÁ



PP. JUAN DE BREBEUF Y GABRIEL LALLEMANT

FUÉ el P. Juan de Brebeuf francés de nacion, de un pueblo de poco nombre, del Obispado de Bayote, hijo de padres honrados y de buena opinion; su nacimiento fué á 25 de marzo de 1593, día de la Anunciacion de nuestra Señora y de los más célebres que tiene la Iglesia, en que el Verbo Eterno se vistió de nuestra carne para redimir el mundo; que parece quiso la Reina del cielo tomarle desde luego debajo de su amparo y hacerle coadjutor de su santísimo Hijo, para la salvacion de muchas almas, que con su predicacion sacó de las tinieblas de la infidelidad á la luz del santo Evangelio.

Habiendo estudiado la Gramática, y dado muestras de su buen ingenio, fué recibido en la Compañía en el colegio de Roan á cinco de octubre de mil y seiscientos y diez y siete, teniendo veinte años cumplidos.

Del fervor con que pasó su noviciado es testigo el que conservó toda su vida, pues siendo ley ordinaria que con el tiempo y la contradiccion de nuestra carne va descaeciendo aquel primer espíritu del noviciado, y como cubriéndose de ceniza aquel fuego sagrado que se enciende en el alma; en este siervo de Dios se fué aumentando y avivándose más y más cada día, así en los estudios como en los ministerios, procediendo siempre con nuevos fervores y más alentado espíritu.

Testigo de esta verdad son las rigurosas penitencias con que maceraba su cuerpo, de ayunos, cilicios, disciplinas y vigiliass, que fueron cada día en tanto aumento, que le pusieron tasa los Superiores porque no acabase con su vida.

Fué tan humilde y despreciado en sus ojos, quanto otros con la ciencia se envanecen y estiman; y, despues de haber estudiado con mucho lucimiento y opinion, hizo repetidas instancias á los prelados de la religion, para que le diesen el estado de Coadjutor temporal, con designio de emplearse siempre en los oficios humildes de la Compañía, teniéndose por indigno de recibir el orden sacro y entrar en el número de los Sacerdotes de Cristo.

Ya que no lo pudo alcanzar, habiéndose ordenado por obediencia de los Superiores, estableció en su corazon emplearse siempre en los oficios más

humildes y ser H. Coadjutor en las obras, ya que no merecia serlo en la profesion. Y así lo cumplió siempre que pudo, cursando la cocina y el refectorio y las oficinas bajas, ayudando á los oficiales de ellas, barriendo y fregando y componiendo las mesas, trayendo leña, y llevando basura, y ayudando á todos como si fuera su criado, y sólo hubiera entrado en la religion á servirlos en sus oficios; y lo mismo hacia con el sacristan y el portero en los suyos.

Entre otras virtudes, de que le dotó el cielo, fueron dos singularmente que le hicieron muy amable á Dios y á los hombres, la mansedumbre y la oracion. Con la primera robó los corazones de todos, conforme á lo que enseña Cristo que los mansos poseerán la tierra, y con la segunda robó el corazon de Dios y alcanzó grandes mercedes y favores de su divina mano.

En cuanto á la mansedumbre, fué admirable la blandura de su natural, la dulzura de su condicion y la afabilidad de su conversacion con todos: no parecia sino un ángel del cielo en la blandura de sus palabras, la gracia con que respondia á todos y el cariño y amor que les mostraba; ninguno le vió jamas airado ni desazonado para negociar con él, ni se negó á persona que le hubiese menester; á todos servia y amaba como á hermanos, y con una piedad amorosa se hacia todo á todos, para agradarlos á todos.

Era muy compasivo, humilde y caritativo con los de casa y con los de fuera, sirviéndoles en sus necesidades con admirable piedad; gran perdonador de injurias, volviendo siempre bien por mal: nunca supo disgustar á nadie, y siempre estudió en dar gusto á todos.

En la pureza de su conciencia y en la observancia de las reglas pudo competir con los mayores santos de la iglesia, y pudiera decir sin arrojamiento que con los ángeles del cielo.

En sus apuntamientos se halló uno en que se ofrece á Dios á morir mil muertes ántes que faltar en la más mínima regla de la religion; y cumpliólo tan exactamente, que no se le vió jamas traspasar un ápice de lo que ordenan nuestras reglas, ó sabia que era voluntad del Superior, por cualquiera modo ó camino que lo entendiese. Y no sólo hizo voto de no cometer pecado venial ó cosa que fuese ofensa de Dios, pero, lo que más admira, hizo voto á Dios y á la Santísima Virgen María, de seguir y obrar y ejecutar siempre lo que fuese más perfecto y de mayor gloria de Dios en cuanto se le ofreciese: y este voto le renovaba todos los días, no sólo cuando decia Misa y daba gracias, sino cuando oraba ó comenzaba alguna obra de importancia; y no se sabe que lo quebrantase jamas.

Fué tan grande su fervor y el fuego de amor divino que ardía en su pecho que, no contento con este voto, le hizo de padecer martirio por amor de Cris-

to, ofreciéndosele ocasion, sin huirle ni excusarle, sino fuese mayor gloria suya lo contrario. Y, mostrando el amor que tenia á su religion y el aprecio de su vocacion á la Compañía, hizo voto de perseverar siempre en ella, y le firmó con su sangre y añadió el de derramarla toda si fuese necesario por esta causa, mostrando que estimaba más su vocacion que su vida y perseverar en la Compañía, que todas cuantas cosas se le podian ofrecer.

Con este fervor obraba, y con este fuego divino vivia una vida inculpabilísima, esmaltada con preciosísimas virtudes de mortificacion, pobreza, obediencia y caridad para con todos; y al paso que se esmeraba en el servicio de Dios, se armaba el infierno contra él, para hacerle guerra y derribarle en alguna imperfeccion.

Caminando solo y á pié, como solia, por el campo, le salió al encuentro el demonio entre unos árboles en figura de una mujer hermosa, y con palabras y acciones le provocó á lascivia y pecados; pero el siervo de Dios, más fuerte que el diamante, despreció sus halagos y, armado con el espíritu divino, invocó su favor, y el demonio, corrido y despreciado, desapareció y le dejó cantando por la victoria mil alabanzas á Dios.

Otro día que, segun refiere en sus apuntamientos, fué el veinte y tres de agosto, le acometieron ejércitos de demonios en varias figuras para despedazarle, como le sucedió á S. Antonio en el desierto; unos venian en formas de leones, otros de serpientes, otros de caballos feroces y otros en diferentes formas; mas el siervo de Dios, ni los temió ni se turbó: viendo tantos y tan horribles armados contra él, levantó los ojos y el corazon á Dios, en quien tenia su confianza, y con imperio de santo, les dijo: «Si Dios os da licencia, ejecutad en mí lo que fuere su voluntad, que bien sé que no podeis quitarme un cabello sin ella,» y con sola esta palabra, huyó aquel ejército infernal, y él quedó alabando á Dios que le habia dado victoria; porque estos enemigos nuestros sólo rinden á quien se les rinde, y son tan cobardes y sin fuerzas, despues que Cristo los venció, que no las tienen para dañar á alguno, sino al que los admite de su voluntad y se sujeta á ellos: con estas victorias conservó siempre una pureza angelical en su alma.

¿Qué diré de su oracion, en que desde novicio gastaba los días y las noches, y toda su vida era una continua oracion, como la de los ángeles, de quien dice Cristo, que en ninguna ocupacion pierden á Dios de vista, ni le dejan de alabar con una continuada oracion? Lo mismo sucedió á este ángel humano, que de tal suerte atendia á las acciones exteriores, que nunca perdia á Dios de vista, y siempre le estaba alabando y bendiciendo, y toda su vida era una oracion continuada.

Qué linaje de oracion tuvo y á qué grado llegó, eso lo guardó para sí como

verdadero humilde y fiel siervo del Señor, que sabe guardar los tesoros que le entrega, para darle cuenta de ellos; pero podráse rastrear por algunas mercedes que le hizo, de las cuales unas se supieron de sus confesores, á quien las comunicó para ser enderezado en su espíritu, y otras se hallaron en los apuntamientos que hacia, para agradecer los favores que recibia de Dios y ejecutar su voluntad significada en ellos.

El año de mil y seiscientos y cuarenta, nueve ántes que padeciese martirio, hizo unos fervorosos ejercicios, y ponderando sus pecados y lo mucho que juzgaba haber ofendido á Dios con ellos, se deshacia en lágrimas, condenándose á mil infiernos, y todos le parecian corta pena para lo que merecia por haber ofendido á tan buen Dios, á quien se tenia por indignísimo de servir. Y estando congojadísimo con este dolor, le apareció el Salvador del mundo benignísimo, y, llegándose á él, le echó los brazos al cuello abrazándole en señal de amistad, y diciéndole que sus pecados eran perdonados y que no se acordaria más de ellos; y luego añadió las palabras que dijo de S. Pablo cuando le trajo al gremio de su Iglesia: *Este es vaso escogido por mí, para que lleve mi nombre á las gentes, y yo le mostraré cuanto le convenga padecer por mí.*

De aquí entendió que su voluntad era que predicase á aquella gente idólatra y sepultada en las sombras de la muerte; y así, postrado á sus pies se ofreció á su servicio, diciendo con S. Pablo: «Señor, ¿qué quereis que haga? aquí me ofrezco todo á vuestro servicio, hágase en mí vuestra divina voluntad.» En diciendo esto, desapareció el Señor, y su siervo quedó tan consolado con el perdon que le habia dado de sus pecados, como alentado á trabajar y padecer con el favor que le habia hecho y el aliento que sentia en su espíritu para las empresas que le ofrecia de convertir las almas y traerlas á su servicio.

En otros ejercicios, aniquilándose por su grande humildad delante de la soberana y divina Majestad, le apareció Cristo coronado de espinas, y le consoló y animó para la predicacion de los gentiles diciéndole que de allí adelante tendria la unción del Espíritu Santo en sus palabras, y con ellas encenderia el fuego celestial en los corazones, como en la verdad sucedió; porque en la primera mision que hizo á los idólatras, de que ahora diremos, convirtió en poco tiempo siete mil infieles á la fe de Cristo, sacándolos de la ceguedad de sus idolatrías y del cieno de sus vicios á la luz del Evangelio y á la libertad de hijos de Dios.

Conviene con esta vision otra que tuvo en 27 de mayo, dia de Pascua del Espíritu Santo, en que contemplando aquel misterio, le apareció en una flor hermosísima sobre cuanto se puede imaginar, y sintió juntamente arder con

aquel fuego divino cuanto tenia en sí, y en particular su corazon inflamado y abrasado en el amor de su Dios y en el desprecio de todo lo criado, sin amar ni desear más que sólo su servicio, y padecer y obrar por Él, que es testimonio manifiesto de la asistencia que tenia del Espíritu Santo, así en sus acciones como en sus palabras y lo mucho que obraba por su virtud.

Otro día, dando gracias despues de la Misa, se le mostró Cristo en su pecho con un rostro amorosísimo, y que como amantísimo Padre le regalaba y acariciaba trayéndole la mano por encima del corazon, de que sintió un gozo inefable, que nunca supo declarar.

Visitáronle varias veces la Santísima Virgen, de quien fué muy devoto, y el glorioso S. José, su meritísimo esposo, y los ángeles, con quien tuvo familiar comunicacion, recibiendo muchas mercedes de su mano; todo lo cual declara la alteza de oracion de que le dotó el Señor, porque tantos y tan singulares favores no los hace sino á sus muy allegados amigos y á los que como á tales descubre sus secretos y los habla al corazon. Ahora sigamos la historia de su vida hasta llegar á su martirio.

Pues como el corazon de este siervo fiel de Cristo ardía en vivas llamas de su divino amor, y este siempre causa sed de padecer y obrar en su servicio, y de traerle todas las almas del mundo, para que le amen y sirvan; padecia su corazon y su espíritu esta insaciable sed de amplificar el nombre de Dios y de traerle todo el mundo, á que le amase y sirviese, y haciéndosele corto término el de Francia, adonde habia nacido, pidió una y muchas veces á los Superiores licencia para pasar á las Indias, en particular á la Nueva Francia, recién conquistada de los franceses, poblada de infinitas gentes bárbaras, idólatras, ciegas con las tinieblas de la infidelidad, á llevarles la luz del Evangelio; y tantas y tales fueron sus instancias, que finalmente lo consiguió.

Embarcóse con gran gozo de su alma con los franceses que iban á la pesquería de aquella tierra, cuya codicia los habia llevado á ella, como la del oro y plata los españoles á las Indias, no sin particular providencia divina, que por este medio ha traído tantas gentes á su conocimiento y servicio.

Llegó el santo Padre á aquella tierra el año de mil y seiscientos y veinte y seis, en sazón que toda estaba cubierta de nieve, por estar cerca del norte, y ser frigidísima. No le espantó la dificultad ni le detuvo el rigor del tiempo al invicto soldado de Cristo, ántes habiéndose informado que la tierra adentro habia una barbarísima nacion que llaman de los hurones, que se comen unos á otros con brutal fiereza; tomó guía, y, con celo apostólico y un ánimo más que humano, se entró por aquellas selvas á caza de aquellas fieras, padeciendo inexplicables trabajos de frios, nieves, hielos, posadas, comida y bebida,